

GRIEGO SEPTIEMBRE 2012-2013

OPCIÓN A

1) TRADUCCIÓN

“Agamenón, que se dirigía hacia Micenas con Casandra, fue asesinado por Egisto y Clitemnestra. Así pues, ella misma le entregó a éste una prenda sin mangas y lo asesinó, y a continuación Egisto reinó sobre Micenas. Electra escondió a su hermano Orestes y se lo confió a Estrofo.”

2) MORFOLOGÍA

- εἰσελθὼν: Participio de aoristo activo en nominativo singular masculino concertando con Agamenón, del verbo εἰσέρχομαι.
- ἀναιρεῖται: 3ª persona del singular del presente de indicativo pasivo ἀναιρέω.
- αὐτῷ: dativo singular masculino del pronombre αὐτός
- χιτῶνα: acusativo singular masculino del sustantivo χιτῶν.

3) SINTAXIS

ὁ Ἀγαμέμνων, εἰσελθὼν εἰς Μυκῆνας μετὰ τῆς Κασάνδρας, ἀναιρεῖται ὑπὸ Αἰγίσθου καὶ Κλυταιμνήστρας.

- ὁ Ἀγαμέμνων: Sujeto de ἀναιρεῖται
- εἰσελθὼν: Participio concertando con el sujeto
- εἰς Μυκῆνας: CCLugar
- μετὰ τῆς Κασάνδρας: CCCompañía
- ἀναιρεῖται: Núcleo
- ὑπὸ Αἰγίσθου καὶ Κλυταιμνήστρας: C. Agente.

Encontramos una oración principal y una oración de participio concertado.

4) ETIMOLOGÍA

- cleptomanía: κλέπτει. “Propensión morbosa al hurto”.
- Basílica: βασιλεύει. “Iglesia notable por su antigüedad, extensión o magnificencia, o que goza de ciertos privilegios, por imitación de las basílicas romanas”.
- Automóvil: αὐτή. “Que se mueve por sí mismo.”
- Dosis: δίδωσι. “Cantidad o porción de algo, material o inmaterial”.

5) LITERATURA

a) La oratoria griega:

En un país como Grecia, donde en la vida civil los tribunales llegaron a tener una intervención decisiva para los ciudadanos, es natural que la retórica y la oratoria adquirieran gran importancia. La elocuencia era indispensable al héroe homérico y Aquiles fue educado para ser experto en palabras.

Como ocurre con los anteriores, el nacimiento de la oratoria como género literario viene precedido por un ambiente cultural idóneo en que florecen las disquisiciones sobre lo justo, lo real, lo posible, lo conveniente etc. Será, como el drama, un género eminentemente ático, asociado a una época y una ciudad concretas: la Atenas de finales del siglo V y principios del IV.

Sin embargo, para explicar el nacimiento de la oratoria en Grecia hay que recurrir a un mundo previo en el que se cree en el mágico poder de la palabra, un mundo primitivo en el que la palabra enunciada posee actividad y fuerza incoercibles, destruye y crea, cura y hechiza, y en este tipo de culturas en las que entre el nombre y la cosa que significa se concibe una unidad sustancial, se llega a un punto en que es difícil distinguir entre inspiración poética, ritual mágico, mito, religión, poesía y profecía.

Los primeros planteamientos de estructurar el lenguaje como un arma dialéctica, un instrumento para el dominio de los hombres, los encontramos en la Sofística, concretamente en Protágoras de Abdera. Gracias a la sofística y a su retórica los discursos públicos se hicieron literarios, pues se empezó a ver en ellos obras de arte dignas de conservación escrita. A partir de aquel momento, la educación oratoria resultó

imprescindible para la carrera de estadista; pero la retórica incluyó en su ámbito de influencia toda la prosa y, especialmente, la historiografía.

En 427 a.C. llega a Atenas Gorgias de Leontinos y se dedica a la enseñanza de la retórica. En el «Encomio de Helena» Gorgias establece que la palabra, el logos, engañó a Helena, que filosóficamente la palabra no dice la verdad y que tampoco el arte de la palabra aspira a la verdad. Los oyentes, ante el discurso elaborado no sólo se dejan engañar y convencer, sino que además experimentan sensaciones variadas y extremas.

Según Gorgias, Helena no merece la mala reputación que arrastra por haber abandonado a su esposo y haber seguido a Alejandro a Troya. Porque aunque esto hizo, se vio obligada a hacerlo, bien por disposición del destino, o por la fuerza, o bien porque se dejó persuadir mediante la palabra, o bien por amor. El poeta de antaño cede ante la figura del orador sofista que convierte el «mágico poder de la palabra» en fundamento de un ideal de formación retórica y formal. A partir de este momento, el pueblo de Atenas mide y valora los discursos, pero no por su contenido de verdad, sino por su capacidad de persuasión. Aparece el virtuoso del discurso, siempre dispuesto a demostrar su maestría y virtuosismo, orgulloso del poder inmenso de su instrumento (la palabra) que él sabe manejar como nadie con criterios específicamente artísticos y estéticos, pues considera que su arte, la retórica, no es un arte, sino un fin en sí mismo.

En Atenas se dieron circunstancias favorables para que prosperase este arte de la palabra persuasiva. Con la instauración de la democracia radical (Efiálfes y Pericles, 462-461 a.C.) se incrementó el afán ateniense por la educación, el arte y la cultura; lo importante no es ya el estudio de la naturaleza, sino el enriquecimiento del hombre y una mayor posesión de conocimientos. Arraiga en Atenas la elocuencia; todo ciudadano tiene derecho a acusar y a defenderse, si es acusado, ante un jurado compuesto por un mínimo de 201 ciudadanos, los cuales no dominan cuestiones legales, sino que se dejan llevar por el efecto de las palabras del elocuente orador. El ciudadano inexperto recurría entonces a un logógrafo (que le componía el discurso y el litigante lo memorizaba) o bien estudiaba retórica.

Dadas las múltiples finalidades a que podía dedicarse el discurso, la Oratoria pronto se escindió en tres direcciones: epidíctica (la que enseña el arte de hablar en público), forense (que defiende causas ante los tribunales) y política.

La Oratoria Epidíctica es, pues, un género en que la prosa aparece revestida de los ornamentos de la poesía; el orador desarrolla un tema más o menos serio, empleando un tono declamatorio, haciendo abundante uso de lugares comunes, de tópicos, y proponiéndose como meta el propio lucimiento personal o el esplendor de una conmemoración o la alabanza de una persona o colectividad. Dentro del género epidíctico hay especies de discursos de aparato como el panegírico, el encomio, el discurso funerario o epitafio y el discurso erótico.

Poco a poco se fue logrando lo que constituiría el esquema típico del discurso:

- Proemio (proposición, exposición, división para conseguir la atención de los miembros del jurado).
- Diégesis o narración (pre-narración, narración adicional, argumento preparatorio en que se presentan los hechos con claridad).
- Argumentación o Pistis (pruebas, discusión, confirmación, refutación, amplificación, recapitulación).
- Epílogo o conclusión en que se resume la cuestión intentando provocar la emoción de los miembros del jurado.

Isócrates (436-338 a.C.)

Es el autor más importante de la oratoria epidíctica. Discípulo de los sofistas, empezó a ejercitarse en la oratoria forense pero la abandonó para establecerse como maestro de retórica. Enseñaba a disertar, es decir, a idear y ordenar pensamientos, a desarrollarlos y exponerlos de manera convincente; proporcionaba a sus discípulos conocimientos de lo que hoy podríamos llamar cultura general.

Se sitúa en el siglo IV, tiempo en el que la Retórica desafía por un lado a la Filosofía, esgrimiendo su capacidad para formar a los jóvenes, y por otro a la Poesía, al discutirle el derecho exclusivo a una temática que ya puede ser tratada en prosa.

Isócrates fue el primero en considerar el lenguaje como algo que se puede modelar a voluntad y le dio importancia a acabar bien un período, con ritmo, evitando

las cacofonías y el hiato. El juicio sobre él oscila entre la mediocridad espiritual que demostró y la eficacia de su escuela.

Entre sus obras destaca la «Helena», en que se opone a las ideas de Gorgias, el «Panegírico» (alabanza de Atenas) y el «Panatenaico».

Lisias (445-380 a.C.)

El más representativo de la oratoria judicial es Lisias, aunque un poco anterior a él destacó Antifonte de Rímnunte, que estableció las partes del discurso. En este tipo de discursos los oradores no tenían ningún empacho en maltratarse con un verdadero lujo de injurias. Lisias era meteco y no llegó a conseguir la ciudadanía ateniense. Normalmente escribía discursos para sus clientes, ya de acusación, ya de defensa, y era el propio cliente el que los leía ante el tribunal. Esta actividad se denominaba logografía.

Su discurso más importante, «Contra Eratóstenes», lo pronunció personalmente, pues en él acusaba a Eratóstenes de la muerte de su propio hermano.

Utiliza un ático fácil y agradable en los 34 discursos que conservamos. Lo que más se admira de él es la facultad de crear un personaje y de prestarle sentimientos, palabra y tono perfectamente de acuerdo con la condición de su cliente. También destaca por la claridad de la expresión, la falta de afectación, brevedad en la exposición de un pensamiento y redondeamiento de períodos.

Demóstenes (384-322 a.C.)

Supone la cumbre de la oratoria griega. Todos sus biógrafos coinciden en declarar que de joven tuvo problemas para hablar en público y que venció gracias a un tesón indomable. Inauguró su carrera de orador acusando a los tutores que había nombrado su difunto padre de dilapidarle la herencia. Por tanto, sus inicios fueron de logógrafo, pero hacia el 350, movido por su patriotismo, se pasó a la oratoria política para atacar a Filipo y a los filipistas de Grecia.

En sus discursos políticos, escritos con una lógica implacable, echa en cara a los atenienses su apatía y el juego hábil de Filipo que se gana a unas ciudades griegas con

promesas, siembra discordias civiles en otras y fomenta todo aquello que puede dividir a los griegos.

Destacan sus tres «Filípicas», tres «Olintíacas» y el «Quersonesíaco». Pero el más importante es el discurso pronunciado el 330 a.C. «Por la corona», donde no sólo defiende su política anti-filípica y ataca a su enemigo Esquines, sino que es una apología encendida de la civilización frente a la barbarie, de la inteligencia frente a la fuerza bruta, un canto supremo a la libertad.

Su estilo es difícil de definir: emplea a la vez y con igual soltura amplios períodos y frases breves, innovaciones léxicas y palabras de cuño poético, locuciones de la lengua coloquial y figuras de la dicción. En sus discursos sorprenden a un tiempo la brevedad descriptiva y la morosidad producida por sinónimos encadenados mediante conjunciones copulativas. No es tan sobrio como el de Lisias ni tan exuberante como el de Isócrates, pero es más rico que el del primero y más vivo que el del segundo.

b) La tragedia griega:

La tragedia cultiva el antiguo mito de que ya se ocupaba la epopeya, adaptando la acción a un esquema donde interviene el coro. Éste representa a un grupo de personas que rodea al héroe: pueblo de la ciudad, servidores, ejército, etc. Así mientras la epopeya narraba, la tragedia mostraba: la acción antigua, de sobra conocida por los espectadores, volvía a suceder ante los ojos del público ateniense. Tal acción únicamente podía limitarse a un solo episodio de la historia, sobre el que se concentraba la atención.

A nivel temático lo que opone radicalmente la tragedia frente a la comedia, es que en la acción intervienen el dolor y la muerte. De ello se extraía una lección solemne y se profundizaba de ese modo en la esencia de la naturaleza humana. Así, todo en la tragedia aparece envuelto en una atmósfera de solemnidad. La lengua de la tragedia es solemne, religiosa, sobre todo la de los coros. Las vestiduras de los actores son arcaicas, majestuosas, de tipo sacerdotal. Todo lo vulgar, lo cotidiano, está proscrito.

ESQUILO fue considerado el creador de la tragedia, quien le dio su definitiva forma literaria. Introdujo el segundo actor, con lo que hizo posible el diálogo y la verdadera acción dramática, al tiempo que le dio majestad al género. Son características

sus partes corales, largas, amplias, complejas, confiriendo a sus tragedias una particular grandeza. La acción dramática, a su vez, es simple y rígida, de una extraña solemnidad. Su lengua, intencionadamente alejada de la cotidiana, está llena de rebuscados compuestos, de frases enigmáticas y oscuras, de palabras exóticas.

Esquilo organiza sus tragedias en trilogías. De las siete tragedias suyas que conservamos, las tres que constituyen la trilogía de la Orestíada son sin duda su obra maestra. En la primera tragedia, Agamenón, asistimos al asesinato del rey Agamenón a su vuelta de Troya a manos de su esposa Clitemnestra, quien no le ha perdonado el sacrificio de su hija Ifigenia para aplacar los vientos contrarios a la partida del ejército a Troya. Agamenón expía así los excesos y matanzas cometidos en la toma de esta ciudad. En las Coéforas, la segunda tragedia de la trilogía, Orestes vengó la sangre derramada de su padre, dando muerte a su madre y obedeciendo así el mandato del oráculo de Apolo. Perseguido por las Furias vengadoras de la sangre maternal, huye desesperado buscando la liberación. Ésta la obtendrá en las Euménides, la tercera tragedia, en la que es absuelto por el tribunal ateniense del Areópago gracias al voto favorable de Atenea. Zeus rompe de este modo la interminable cadena de crímenes y castigos, redimiendo a Orestes. Se constituye así Esquilo en apasionado defensor de la justicia divina, encarnada en Zeus.

Con SOFOCLES los cantos corales van perdiendo su preeminencia y aumenta la acción dramática. Introdujo el tercer actor, innovación de la que hizo uso Esquilo en la Orestíada. Abandona ya la grandiosa estructura de la trilogía y escribe piezas aisladas e independientes desde el punto de vista del contenido.

Sus personajes individuales se convierten cada vez más en el tema central. Es un maestro en el dibujo de caracteres, especialmente de grandes personajes trágicos enfrentados a su destino. Nadie como él supo expresar la soledad del héroe y el dolor humano. De las 123 tragedias que se le atribuyen sólo conservamos siete. Antígona y Edipo rey son las más conocidas. En Antígona la decisión de la heroína de enterrar a su hermano en contra del decreto del tirano Creonte la llevará a la muerte. El conflicto se establece aquí entre seguir las leyes del estado, obra de los hombres, o las leyes «no escritas», las eternas, dictadas por los dioses. La inflexibilidad del tirano también recibirá su castigo al final de la obra.



En Edipo rey, el héroe, marcado desde el principio por el fatal destino de matar a su padre y desposar a su madre, se empeña en una investigación al final de la cual descubrirá que, sin él saberlo, se ha cumplido el oráculo. Incapaz de soportar la visión de su sacrílega obra se arrancará los ojos al final de la tragedia. Se nos muestra en esta obra de modo magistral la antítesis entre el obrar humano y la voluntad divina, que actúa de manera misteriosa e inescrutable para los hombres. Cada paso que el hombre da para apartarse de una fatalidad prefijada lo aproxima más a ella.

www.academianuevofuturo.com

OPCIÓN B

1) TRADUCCIÓN

“Durante el mismo invierno los atenienses que necesitaban por su costumbre paterna funerales de forma oficial celebraron los de aquellos que habían muerto en esta guerra. Y el que quería acudía a la pira y las mujeres se acercaban llorando alrededor de la tumba.”

2) MORFOLOGÍA

- ἐποίησαντο: 3ª persona del plural del aoristo de indicativo voz media de ποιέω.
- τῷδε: dativo singular masculino del pronombre ὅδε.
- γυναῖκες: nominativo plural femenino del sustantivo γυναίξ.
- ὀλοφυρόμεναι: participio de presente medio en nominativo plural femenino del verbo ὀλοφυρῶ.

3) SINTAXIS

οἱ Ἀθηναῖοι τῷ πατρίῳ νόμῳ χρώμενοι δημοσίᾳ τὰς ταφὰς ἐποίησαντο τῶν ἐν τῷδε τῷ πολέμῳ ἀποθανόντων.

- οἱ Ἀθηναῖοι: Sujeto
- τῷ πατρίῳ νόμῳ: CCCausa
- χρώμενοι: Participio concertando con el sujeto
- δημοσίᾳ: CCModo
- τὰς ταφὰς: CD
- ἐποίησαντο: Núcleo
- τῶν ἀποθανόντων: CN de τὰς ταφὰς.
- ἐν τῷδε τῷ πολέμῳ: CCLugar

4) ETIMOLOGÍA

- epitafio: ταφὰς. “Inscripción sobre una tumba”.
- polémico: πολέμω. “Dicho de alguien que provoca polémicas, controversias”.
- autómatas: αὐτῶ. “Máquina que imita la figura y los movimientos de un ser animado”.
- Ginecólogo: γυναῖκες. “Médico especializado en la mujer”.

5) LITERATURA

a) La épica griega: definición, características del género, principales autores y obras; breve resumen de la Ilíada.

El poeta épico, en oposición al lírico, se ajusta al acontecer del mundo exterior, a los hechos heroicos de los tiempos primitivos.

La épica griega comprende:

1. La Iliada y la Odisea.
2. Los Himnos homéricos, una colección de 33 composiciones dedicadas a los dioses.
3. El poema satírico de la Batracomiomaquia que describe una batalla entre ranas y ratones.
4. El Margites, que narra las aventuras de un hombre tonto que se quiere hacer pasar por listo.
5. La llamada épica-didáctica de Hesíodo.
6. Las Argonauticas, de Apolonio de Rodas (s.III a.C).
7. Y ya en época helenística resurge el género con Nonno, que escribe en 48 libros las Dionisiacas, donde narra las andanzas de este dios por Grecia.

Los historiadores han discutido durante siglos acerca de la existencia o no de un poeta cuyo nombre fuera Homero autor de la Iliada y la Odisea o de una de ellas. De haber existido, habría vivido alrededor del año 750 a.C. en alguna ciudad jonia de Asia Menor.

Admitido el origen oral de la épica, apreciamos que hay una clara elaboración literaria, tanto en la composición y en la estructura narrativa generales como en ciertos detalles de algunas escenas particulares. Esto supone que en algún momento la improvisación dio paso a la composición, paso que sólo pudo darse gracias al uso de la escritura como medio de fijación. Las conexiones entre los diferentes pasajes y el cuidado de la composición de múltiples detalles revelan la existencia de un poeta que, para crear su obra, contaba con el tiempo que proporciona la composición escrita. El cambio se da hacia el siglo VII antes de Cristo, y apareció con esta épica escrita la figura del rapsodo, que en lugar de acompañarse con la lira, recitaba marcando el ritmo con un bastón con el que golpeaba el suelo.

El rapsodo pasa a ser un cantor profesional que repite de memoria un texto ya fijado por escrito, y que en determinados momentos introduce interpolaciones o modifica algunos pasajes según su gusto o el de su auditorio.

La Iliada.

El tema de la Iliada es un drama humano: la cólera de Aquiles. No narra toda la guerra de Troya, sino sólo un episodio. Agamenón, caudillo de los griegos, ha raptado a Criseida, hija de un sacerdote de Apolo. El padre de Criseida ofrece un rico rescate por su hija, pero Agamenón lo rechaza y se niega a devolver a la doncella. Apolo, a ruegos del ofendido sacerdote, desata la peste en el ejército griego, que se reúne en una asamblea donde el adivino Calcas declara las causas de la desgracia. Agamenón se ve obligado a devolver a Criseida, pero como jefe que es, quita a Aquiles su favorita, Briseida, también botín de guerra. Los ánimos se excitan ante la humillación que eso supone para Aquiles, el cual, por ello, renuncia a seguir combatiendo a su lado. Su madre, Tetis, logra de Zeus la promesa de que los griegos se verán al borde de la derrota de forma tal que requerirán la ayuda de Aquiles y éste recuperará así su honor.

Así sucede pero Aquiles se niega a unirse al combate. Cuando Aquiles ve a los griegos huir, accede a que su amigo Patroclo vista su armadura y guíe a los griegos en la batalla. Patroclo, borracho de victoria, intenta el ataque de Troya y es muerto por Héctor, hijo del rey Príamo y el más valiente de los troyanos. Aquiles llora a su amigo, vuelve a la lucha y mata a Héctor, a pesar de saber que con ello su destino es también la muerte. En el último canto se narra el entierro de Patroclo y los juegos celebrados en su honor. Príamo va al campamento griego y reclama el cuerpo de su hijo Héctor, a lo que accede Aquiles.

b) La historiografía griega: definición, características del género, principales autores y obras.

Las primeras manifestaciones literarias aparecen en verso. No sólo los poetas, sino también algunos filósofos exponían su pensamiento en forma poética. Entre las primeras formas literarias en prosa figura la obra de los logógrafos, pioneros de la historiografía que aparecen en Jonia hacia el siglo VI a.C. La temática de sus obras era variada: descripción de la fundación de ciudades, historias locales, descripción de las familias principales haciendo remontar su linaje a un héroe o una divinidad, narración de viajes con descripciones geográficas y etnográficas, etc.

HERÓDOTO de Halicarnaso (siglo V a.C.), representa la culminación de la logografía y el comienzo de la historia como ciencia. Fue un infatigable viajero, aunque siempre estuvo vinculado a Atenas, su patria espiritual, donde tuvo contacto con las personalidades e intelectuales más relevantes de la época (Pericles, Sófocles, Protágoras...).

Su obra, conocida como Historias, fue dividida posteriormente en nueve libros en honor a las nueve Musas, cuyos nombres sirven de título a cada uno de ellos. El tema central lo constituye el enfrentamiento entre griegos y persas, las Guerras Médicas (490-480 a.C.), vistas como el gran conflicto entre Asia y Europa, entre Oriente y Occidente. Para explicarlo, Heródoto se remonta a la historia del pueblo persa y sus afanes conquistadores, deteniéndose en una detallada descripción de los pueblos conquistados (Egipto, Escitia, Libia...). Parte, pues, de una narración desorganizada, con varios

centros de atracción y llena de digresiones, para a medida que avanza el relato centrarse, ya en los últimos libros, en el tema principal: el choque entre griegos y bárbaros.

Se percibe en Heródoto una voluntad de investigación y verificación: analiza los testimonios, incorpora las distintas versiones, dando su parecer acerca de la más verosímil, etc. Pero el resultado es aún bastante insuficiente y falta de rigor: insatisfactoria crítica de fuentes, explicaciones ingenuas de carácter mitológico, etc. Muy influido por las concepciones religiosas de su época, Heródoto explica sistemáticamente el acontecer histórico mediante la concepción teológica de la envidia divina, según la cual los dioses destruyen al mortal que, arrogante por su excesiva prosperidad y poder, pretende rebasar los límites inherentes a la condición humana. En último término es la voluntad divina la que decide los acontecimientos humanos (fatalismo) y es inútil luchar contra el destino.

TUCÍDIDES de Atenas representa, en la segunda mitad del s.V a.C., la culminación de la historiografía griega. Su Historia, dividida en ocho libros, tiene por objeto contar el enfrentamiento entre atenienses y espartanos, junto a sus respectivos aliados, conocido como la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.), acontecimiento que conmovió a todo el mundo griego y provocó, tras la derrota de Atenas, la desaparición de su imperio. Tucídides ya no evoca tiempos pasados, sino que cuenta hechos recientes de los que él mismo tuvo experiencia directa: aunque afectado, sobrevivió a la peste en Atenas; más tarde fracasó como estratega en una misión, lo que motivó su condena y su exilio de Atenas, y la posibilidad de viajar por todo el escenario del conflicto. La obra, redactada tras el fin de la guerra, se interrumpe sin embargo bruscamente antes de llegar al final de la contienda, probablemente por la muerte de su autor.

Mientras la Historia de Heródoto trataba de griegos y bárbaros, ocupándose de etnografía, religión, curiosidades anecdóticas, etc., la Historia de Tucídides se centra únicamente en la Guerra del Peloponeso y es enteramente política: su principal objeto de interés es el imperio ateniense y los problemas del poder. La tragedia de Atenas tiene un valor ejemplar: el destino de los hombres se repite porque la naturaleza humana siempre es la misma, y se pueden extraer unos principios básicos sobre la filosofía del

poder (el hombre siempre ambiciona más, los estados oprimidos detestan al opresor, etc.). Entendida así, su obra será útil para las generaciones venideras.

Tucídides, muy influido por las corrientes intelectuales del momento (sofística, medicina científica...), considera la razón como único instrumento para llegar a la verdad y aplica sistemáticamente la crítica racional en sus análisis y descripciones (p. ej. la peste en Atenas). Los acontecimientos históricos se explican por la concatenación de causas y efectos, y no cabe intervención de los dioses. Excluye así lo divino del curso de los acontecimientos: el motor del acontecer histórico ya no es la envidia divina, sino la lógica interna de los hechos y de las acciones humanas.

Su método aspira a la máxima objetividad -narra hechos presenciados por él o escuchados de testigos directos- y es rigurosamente crítico -contrapone las distintas versiones y elige racionalmente la más verosímil. En su obra, por otra parte, abundan los discursos en boca de los personajes que intervienen. Son reconstrucciones hechas por él de acuerdo con el personaje y la situación. Observamos así a través de ellos los móviles de los distintos protagonistas, al tiempo que contribuyen a la dramatización del relato.

JENOFONTE de Atenas (430-354 a.C.) escritor polifacético, produjo tratados históricos, filosóficos (evocando la figura del maestro Sócrates) y didácticos.

Su obra histórica más destacada es las Helénicas, donde continúa el relato de Tucídides a partir de donde él lo había dejado. De carácter histórico es también su Anábasis, relato de su participación en la fracasada expedición de mercenarios griegos para instaurar en el trono de Persia a Ciro el Joven, y del largo y penoso regreso, dirigido por él, a través de tierras desconocidas y hostiles. Su relato, siempre en tercera persona, no ahorra ingenuos elogios a su intervención protagonista y a sus dotes de mando.

Si como filósofo es un pensador superficial, como historiador está lejos de la objetividad y el rigor de Tucídides: no oculta sus simpatías por Esparta, recurre a explicaciones trasnochadas como la venganza divina etc. Con todo es Jenofonte un buen narrador, con gran sensibilidad para la descripción de escenas aisladas y notable habilidad para los retratos de los personajes destacados. Asimismo demuestra su



www.academianuevofuturo.com 914744569

C/ Fernando Poo 5 Madrid (Metro Delicias o Embajadores).



conocimiento directo de las cuestiones militares, como viejo soldado que participó en múltiples expediciones, y concede gran importancia a la estrategia y las dotes de mando.

Es, en definitiva, un escritor polifacético y ameno, pero poco profundo.

www.academianuevofuturo.com